

“La paradójica naturaleza del sueño” (una breve presentación)

A) Presentación

El sueño ocupa un lugar central en el “transcender del hombre” (en su “cumplimiento”) en tanto que éste se produce merced a sucesivos “despertares”. El sueño es, además, “lo originario” (anterior a la conciencia y sus prejuicios), por ello nos muestra nuestra estructura metafísica con una claridad meridiana (tal es el caso, como veremos, de la subjetividad y de la objetividad). El sueño, en fin, ejerce de mediador entre la vida -cuya riqueza nos desborda- y la conciencia -poseedora de una atención limitada-. Por todo ello María Zambrano dice que el sueño es antes que nada revelador.

No obstante, paradójicamente, durante el sueño no hay conocimiento, dado que, por un lado, no se dispone del tiempo sucesivo, propio de la conciencia -y por tanto no ha lugar a la argumentación-, y, por otro, se carece del distanciamiento necesario para establecer distinción alguna, el sueño es a la vez subjetivo y objetivo.

Hay que tener en cuenta, además, que la referida naturaleza reveladora del sueño, queda mermada por una serie de limitaciones insuperables que serán señaladas al final del presente artículo.

B) El sueño es lo primario.

Podría decirse que estas palabras son en balde dado que “el sueño es el estado inicial de nuestra vida: del sueño despertamos; la vigilia adviene, no el sueño”. Por tanto lo extraordinario, lo posterior en el tiempo, lo que precisa de una explicación es el advenimiento de la vigilia y no el sueño. No obstante, esta primera impresión no responde en absoluto a la realidad, habida cuenta de nuestra “mentalidad racionalista”, que define al hombre por su conciencia; que piensa, por tanto, a la inversa: que lo propio del hombre es antes que nada la vigilia. De ahí que nos resulte necesaria una correcta explicación del lugar, de la función, de la naturaleza del sueño.

pero la consecuencia más importante de esta “primariedad” del sueño es que lleva aparejada una cierta simplicidad, una cierta “pureza” (si se me permite la expresión), y esto es algo que lo hace especialmente revelador. María Zambrano expone esta misma idea con preclara elocuencia: “al ser el soñar la manifestación primera de la vida humana, y los sueños una especie de prehistoria de la vigilia, muestra la contextura metafísica allí donde ninguna teoría o creencia puede alcanzar”.

Queda claro pues, sueño y vigilia son “una misma cosa en dos estados evolutivos diferentes: prehistoria e historia respectivamente”. De ahí el interés de nuestra autora por

el sueño en tanto que elocuente revelador de la vigilia, de la conciencia, de nuestra “contextura metafísica” en definitiva.

C) En el sueño no existe la distinción sujeto objeto.

Dada la “originalidad”, la “primariedad”, la “simplicidad” del sueño no encontramos en él aun esa compleja maraña de diferenciaciones que son propias de la conciencia. Y es precisamente esta característica -su pureza preconciencial- la que posibilita esa “revelación precognoscitiva”, indiferenciada, aparentemente paradójica, mostradora de nuestra inicial constitución ontológica. Un diáfano ejemplo de esta peculiar condición del sueño lo encontramos en la distinción sujeto-objeto, que durante el sueño no existe, “somos a la vez sujeto y objeto para nosotros mismos”.

1º) El sueño es objeto

“Es objeto el aspecto de la vida que en ellos -en los sueños- aparece porque nos resiste”. Es decir, que dicho aspecto aparece en los sueños como independiente, ajeno a nosotros mismos. De ahí que se nos muestre como algo que nos ofrece resistencia, oposición. Y es que los sueños se presentan como una historia ya acabada, imposible de modificar; como algo monolítico -el ser de Parménides- sobre lo cual resulta imposible cualquier tipo de acción por parte del soñante. Y precisamente por ello, a juicio de María Zambrano, la objetividad del sueño es especialmente reveladora, pura; esto es, netamente separada de cualquier influencia de la subjetividad.

Y, sin embargo, la mentada objetividad es, vuelvo a insistir en ello, “precognoscitiva” dado que nos encontramos frente a ella, ante ella, pero a la vez “entrañados en ella”. Hay cierta separación -dado que nos encontramos ante “lo otro que la subjetividad”- pero sin extrañamiento, sin posibilidad de realizar acción alguna. Así, durante el sueño la historia se nos impone, en él nos encontramos siempre

subyugados, en ausencia de la más mínima extrañeza, y por tanto también de cualquier tipo de cuestión. Para nuestra pensadora la tragedia de Sófocles, “Edipo rey”, ejemplifica con claridad esta situación. Y obviamente, si no hay distanciamiento que posibilite el preguntar -esto es, si no es posible observar esa objetividad “acabada” desde el exterior, desde fuera, en definitiva desde lo que la filosofía aixerqueña denominará “la conciencia”- tampoco habrá conocimiento discursivo ya que este presupone la acción de inquirir.

Ni que decir tiene que si no es posible conocer tampoco lo es dudar, ya que la duda es consecuencia de “caer en la cuenta del esfuerzo desarrollado por la conciencia al objetivar la realidad -de la acción por tanto- y advertir la radical diferencia existente entre ella y la objetividad -de advertir los resultados de la acción”.

2ª) El sueño es sujeto.

“El sueño es espontáneo, todo en él es apromblemático”. Dado que en él -como ya hemos dicho- no hay tiempo propiamente, no puede haber finalidad, ni causalidad alguna, y por tanto tampoco motivación. Así pues, en el sueño todo adviene sin necesidad de estar motivado -espontáneamente-. Lo cual redundará, en este caso, en la subjetividad del mismo, ya que es fruto espontáneo, lo cual lo hace más subjetivo si cabe. Pero es esta misma situación reveladora del sueño -en este caso reveladora de la subjetividad- la que impide la existencia de cualquier tipo de conocimiento. Y es éste -según la pensadora-, frente al panorama ahora descrito, exige cierto “distanciamiento” -el que proporcione la conciencia- que permite al sujeto “mirar su existir como una realidad más, como un objeto de conocimiento.

D) A partir del sueño se trasciende

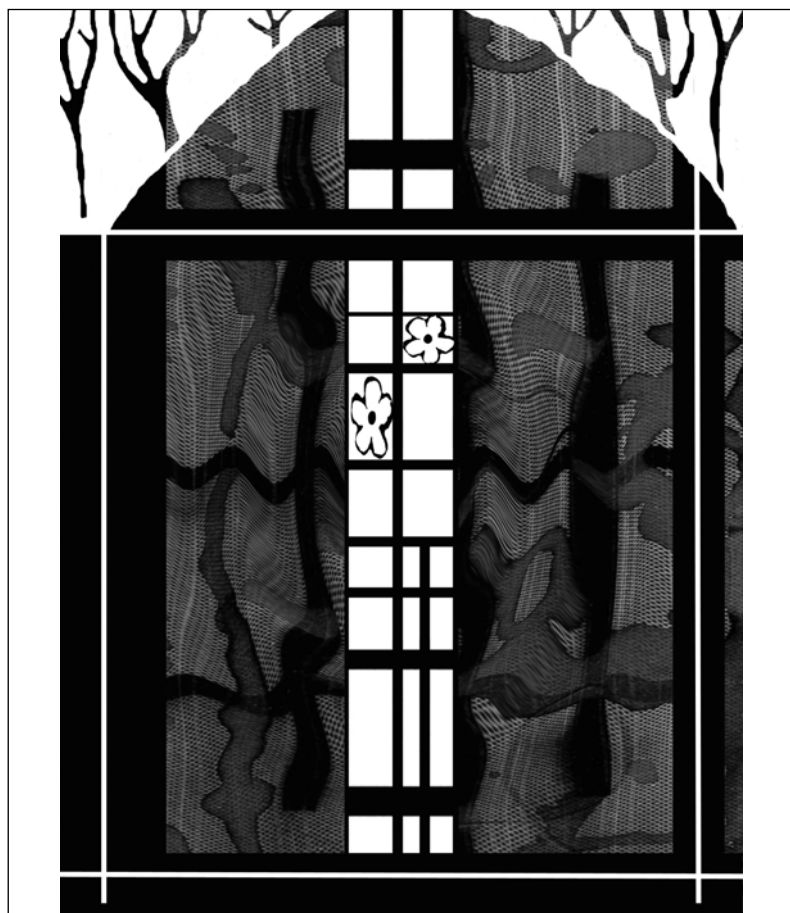
Puede decirse que el sueño es doblemente revelador: es revelador “estáticamente” -valga la expresión- por su especial contextura (tal y

como indicábamos en los epígrafes “B” y “C”); y es revelador “dinámicamente” (como a continuación veremos) por la función que realiza y el lugar que ocupa; esto es, por posibilitar el trascender del hombre y por ser mediador entre la vida y la conciencia, respectivamente.

“Se despierta del, o desde el sueño” como ya ha quedado dicho. Pero dicho despertar, aunque sea “posterior”, es igualmente connatural al hombre. El hombre, y sólo el hombre “despierta”. El resto de seres vivos “nacen del todo”, ocupan su “lugar natural” instantáneamente, todo su ser le es copresente. En definitiva, no precisa trascender; y al no precisar trascender no precisan “despertar”.

El hombre, por tanto, “es” -transcendiendo en los sucesivos despertares. El so proceso seguido en dichos “despertares”, dicho de un modo casi telegráfico, sería el siguiente: 1º) La vigilia, tras el despertar, se estabiliza y acaba

cayendo en una situación que podríamos denominar de nuevo sueño; 2º) sueño que, a su vez, por su misma naturaleza “inestable”, se desequilibra para que de nuevo despertemos - Y así sucesivamente-. Esta dinámica sueño-vigilia, obviamente, es posible gracias a que la vigilia no excluye definitivamente al sueño. Ni la vigilia, ni el sueño se dan en el hombre en estado puro. En todo sueño hay vigilia, lo cual posibilita el despertar; y en toda vigilia hay sueño. De otro modo no habría lugar al mentado proceso; o lo que es lo mismo, no habría lugar al trascender en el ser humano. Puesto que, como ya hemos dicho, éste consiste en dicha dinámica. De hecho, la conciencia, tal y como hoy la entendemos, es consecuencia de un despertar, de nuestro último gran despertar. Entre este sueño inicial y nuestra conciencia hay, por tanto, una serie de despertares. Y esa sucesión de despertares no es sino la historia del trascender del ser humano, de su acabar de ser -“de nacer”.



RAFAEL ROMERO, “Garden” 020

E) El sueño es mediador

“La atención llevada a su máxima intensidad y mantenida en la más perfecta continuidad no alcanza a envolver la vida que la desborda”. Ante este hecho la atención se ve obligada a ejercer una función seleccionadora, tamizadora, filtradora; esto es, a “atender” solamente a una cantidad ínfima de esa infinitud de vivencias connaturales a la vida. Y esas pocas vivencias seleccionadas quedarán ahora como extraídas del fluir continuo de la vida; constituyendo un medio ordenado, transparente, adecuado al conocimiento concienical; a saber, el determinado por el presente: “sucesión de instantes separados entre sí por un vacío apenas perceptible”.

El resto de vivencias no seleccionadas, pese a estar privadas de presente, no han perdido aquella parte de realidad que poseían. Además, el hecho de que no hayan sido elegidas en un primer momento no significa que no puedan pasar a serlo con posterioridad. De momento esas vivencias que permanecen al margen de la atención -de la conciencia-, al no poseer presente, quedan albergadas en el sueño, en el tiempo natural aconciencial. Pero ello no obsta para que el sueño, ejerciendo su función mediadora entre la vida y la conciencia, con ocasión de alguna vivencia presente, las traiga a colación otorgándole un presente. Obviamente el número de vivencias permanecerá siempre al margen de la conciencia.

Lo cual no lleva, a modo de conclusión, al último punto que cierra esta visión general de “la paradójica naturaleza reveladora del sueño”.

F) Los obstáculos y las limitaciones al ejercicio revelador del sueño.

Y es que, además de las dificultades en la recepción propias de toda revelación, hay que señalar aquellas otras que son específicas de la

revelación del sueño. Las primeras, nos recuerda Zambrano, son “especialmente efectivas para el hombre moderno” buscador metódico de “evidencias claras y distintas” y no de “saber revelado”. Saber éste que, como todos sabemos, se sitúa frente al conocimiento racional. Baste, para ilustrar esta oposición, recordar una nota distintiva fundamental: no hay un método preestablecido que nos asegure la obtención de esa sabiduría reveladora, sí hay, en cambio, la exigencia de una actitud vital determinada que tan sólo la “posibilita”; nos encontramos en las antípodas del conocimiento metódico. Estas dificultades genéricas son en parte “inevitables”, puesto que se deben a la misma naturaleza de la revelación que “nunca es total”, y en parte “evitables”, ya que son también consecuencia de determinados prejuicios racionalistas que califican de charlatanería todo saber que no sea consecuencia directa de la utilización del método científico al uso...

Pero refirámonos sin más dilación a esas dificultades específicas de la revelación del sueño, que son las pertinentes en el presente apartado, y que completan el panorama descrito:

-Nos hemos referido a la insuficiencia de la mediación del sueño para traer a la luz de la conciencia todas nuestras vivencias; ni siquiera aquellas que son rescatadas de la memoria poseen esa “espontaneidad con el momento preciso de su vida”. Y es que la memoria es un mero “esquema analítico”, que tiene en cuenta únicamente aquellos datos que considera esenciales. Jamás se podrá volver a traer a colación la riqueza de lo ya vivido, que se ha perdido para siempre.

-Pero es que además de la señalada imposibilidad nos encontramos con que siempre que nos dirigimos al sueño hemos de hacerlo desde la vigilia. Y la distancia que separa a uno y otra -sueño y vigilia- es, para nuestra autora, tan grande, tan infranqueable, como la que separa al vivo del muerto.